

José Miguel Oviedo

Angel Rama o la pasión americana

Creo que conocí a Angel Rama hace fácilmente unos 20 años. Creo también que fue en Lima, en uno de los numerosos viajes que hizo atraído por la amistad de José María Arguedas, pero pudo ser que nuestro primer encuentro se produjese en La Habana, donde fuimos como invitados de Casa de las Américas: el azar de los viajes y las reuniones literarias nos hizo coincidir en muchos lados. Habíamos entrado en contacto poco antes, por correspondencia, cuando él dirigía la sección literaria de *Marcha*, su responsabilidad entre 1958 y 1968. Ambos debimos acumular en esa época un considerable volumen de cartas, más yo porque Rama era un corresponsal elocuente, cumplido y que demandaba la entrega de los textos con un reloj en la mano; lamento ahora haber perdido, a causa de otros viajes y desplazamientos de residencia, gran parte de esa correspondencia cuyos dos invariables temas eran literatura y política.

La América Latina de los 60 se diferencia tanto de la presente que, cuando uno la recuerda y recuerda lo que se discutía apasionadamente entonces, casi le parece estar soñando: sencillamente, eran otros tiempos, tiempos que un joven de hoy quizá no entendería. La revolución cubana era una fuente de esperanzas y nos hacía creer, ingenuamente, que ésta no sería como las otras revoluciones; que el burocratismo, el estilo policial y la cruda ambición de poder no dominarían a Fidel. La revista *Casa de las Américas* estaba verdaderamente abierta a todas las estéticas y expresiones literarias de Europa y América; el margen para la libre actividad intelectual parecía amplísimo. Ni Herberito Padilla ni Antón Arrufat ni Norberto Fuentes estaban en la lista negra. Parecía imposible que gente como Edmundo Desnoes, Antonio Benítez Rojo o César Leante llegasen alguna vez a exiliarse. ¿Disidentes en Cuba? ¡Qué insensatez! Era tan fácil, tan natural estar con la revolución... En las montañas del Perú, de

Venezuela, Bolivia y otros países, pequeños grupos guerrilleros, mal armados y peor adiestrados, querían reproducir en los Andes o en la selva la experiencia de Sierra Maestra, con desastrosos resultados militares y políticos. Poetas como Javier Heraud y curas como Camilo Torres iban a morir, víctimas de las improbables tesis foquistas, entonces tan populares. Más al sur, en Uruguay y en Argentina, tupamaros y montoneros desataban una ola de terror como la mejor respuesta contra regímenes ineficaces y represivos. Por todas partes, los movimientos de izquierda jaqueaban el poder establecido con acciones osadas y en gran escala. Las armas parecían prometer de inmediato los cambios largamente esperados.

En esa América remota y casi ilusoria no se hablaba todavía de derechos humanos, de exilios masivos ni de millares de “desaparecidos”: las cosas iban mal pero había signos estimulantes; la lucha podía ser ganada —y esperábamos sobrevivir para contarlo. Creo que ninguna publicación representaba mejor esa actitud que la desaparecida *Marcha*. Aunque no éramos muchos quienes la leíamos fuera de Uruguay, influía poderosamente en nuestros países: su mera existencia permitía creer que lo que defendía era igualmente posible. (Me acuerdo que con Sebastián Salazar Bondy —quien quizá fue el primero en mostrarme un ejemplar del semanario— y otros amigos quisimos publicar una versión peruana de *Marcha*; creo que no pasamos de imaginar el primer número y discrepar sobre él). *Marcha* nos daba precisos análisis políticos de América, una visión ilustrada del acontecer mundial y una imagen dinámica y estimulante de la cultura, especialmente la latinoamericana. Yo colaboraba con *Marcha*, pero eso era accidental: yo era, sobre todo, un lector devoto de *Marcha*, que devoraba sus páginas y que se sentía un poco culpable si no era capaz de leerse cabalmente cada número, desde los sesudos editoriales de Carlos Quijano hasta las páginas literarias dirigidas por Rama, sin olvidar siquiera la sección de humor y hasta las cartas de los lectores. En sus columnas la unidad latinoamericana era una realidad: leímos textos de o sobre Neruda, Borges, Parra, García Márquez, Martínez Moreno, Onetti, Carpentier, Benedetti, Vargas Llosa y tantos otros, sin olvidar a los grandes nombres europeos, a los clásicos, a los maestros de la literatura oriental, a los escritores de la “onda” mexicana o los “concretos” brasileños. Cuando *Marcha* fue clausurada por el gobierno, un espeso trapo negro cayó no sólo sobre la vida uruguaya, sino sobre todo el horizonte intelectual de América. No lo sabíamos entonces, pero una etapa histórica se cerraba y se abría otra, cuyo horror todavía estamos viviendo.

Si hago memoria de estos hechos es porque considero que Angel Rama, visible protagonista y víctima de ese período, nunca dejó de serlo, como los últimos años de su vida lo subrayan. Siempre sobrevivió en él

esa conciencia americanista como algo inseparable de su trabajo crítico. Esa devoción continental se la enseñaron, en diferentes etapas de su vida, Ricardo Latcham, Pedro Henríquez Ureña, José Martí. Poniéndole buena cara al mal tiempo, mantuvo siempre una actitud positiva y entusiasta; no recuerdo haberlo visto alguna vez deprimido o entistecido, pese a las dificultades del destierro. Creo que no conservó ese optimismo casi indestructible sin caer en algunas contradicciones. El de Cuba es un caso ilustrativo. Después de que estalló el escándalo alrededor de Heberto Padilla, Rama no estuvo ni entre quienes cortaron del todo sus vínculos con la revolución cubana, ni con los que enterraron la cabeza y pretendieron que nada había ocurrido. Criticó y discrepó tácticamente, sin estridencias, como alguien que quería seguir siendo “amigo” de la revolución. Su pasión martiana fue una especie de sucedáneo que le permitió defender los ideales, ya que no la práctica, de la revolución cubana original: no se consoló del todo de haber visto frustradas sus expectativas. También dentro de ese contexto debe entenderse su actitud ante la etapa final de Neruda y la acerba disputa de éste con los cubanos. (El diferendo Neruda-Rama era viejo: se remontaba a 1959, cuando apareció *Navegaciones y regresos*. “Nunca he sido nerudiano pues siempre fui vallejiiano”, ha confesado Rama). En su polémica con Mario Vargas Llosa —aparentemente tan literaria, pues debatía cuestiones de forma y teoría novelística—, había también una pizca de discrepancia ideológica con un autor que, como el peruano, se apartaba tanto de la visión nítidamente comprometida y militante que la *intelligensia* cubana tenía del trabajo creador en América Latina. Más pertinentes todavía son su ensayo sobre “La riesgosa navegación del escritor exiliado” y la polémica subsiguiente que sostuvo desde las páginas de *Escandalar* (enero-marzo 1981) con Octavio Armand, quien le reprochaba el haber excluido a los cubanos del tema del exilio, polémica que en verdad impuso una corrección o ampliación del cuadro general inicialmente presentado por Rama. Precisamente, la gota que desbordó el vaso de su expectante actitud ante Cuba, fue el bochornoso modo en que fue exiliado Reinaldo Arenas, un narrador a quien Rama había publicado en Uruguay en 1972, cuando el crítico estaba fuera de su país. Recuerdo claramente el enérgico artículo que Rama publicó en *Eco* de 1981 para condenar ese hecho y saludar al nuevo exilado. La cautela con la que Rama se había movido hasta entonces no mereció una actitud recíproca de parte de los cubanos: Rama no volvió a pisar la isla ni a colaborar en sus revistas.

Su hondo interés por la persona y la obra de Arguedas es otro ejemplo de la peculiaridad de sus afanes americanistas. Para un rioplatense como él, el mundo andino debía ser el más remoto entre todas las regio-

nes de América Latina: estaba separado de él no sólo por su misterio y singularidad, sino por la lengua indígena, que desconocía. En su identificación con la realidad andina, tal y como la interpretaba (la *sentía*) Arguedas, había mucho de fascinación: esas raíces no eran las suyas pero eran las de la América que soñaba. Buena parte de mis recuerdos personales de Rama, coinciden con los años finales de Arguedas, que se suicidó en diciembre de 1969. En esos recuerdos lo veo en Lima, desayunando en casa del autor de *Los ríos profundos* y celebrando gozosamente el sabor de una fruta exótica para él, la charla entretenida de su interlocutor, los objetos elementales y hermosos que los rodeaban. El placer de haber leído a Arguedas y luego de ser amigo suyo, se convertiría en una auténtica preocupación literaria, que fue el origen de numerosos trabajos. Hay que reconocer que Rama es, en cierta medida, uno de los responsables de la atención crítica que hoy despierta Arguedas, y que no sólo redescubrió al novelista Arguedas, sino también al otro: al etnólogo, al estudioso de la cultura andina, al traductor de la poesía indígena.

No es de extrañar, entonces, que Rama defendiese, dentro de las modalidades de la crítica, el entoque sociocultural, refrescado por algunos aportes de la metodología estructural. Había estado siempre presente en él, pero en los últimos años —que fueron los más fecundos— se hizo particularmente intenso y coherente. Para él la literatura era un capítulo de la historia de la cultura y aun de la historia a secas; es decir, una institución social como las otras, generada por las presiones y formatos que adoptaban los contextos de la colectividad en la que aparecía. Tuvo un gran deslumbramiento cuando leyó la *Historia social de la literatura y el arte* de Arnold Hauser. Su descubrimiento de Walter Benjamin fue algo más tardío y fue tan profundo que decidió ponerse a aprender alemán para leerlo en su propia lengua. Títulos de trabajos como “Rodolfo Walsh: el conflicto de culturas en Argentina” o “Literatura y clase social”, lo dicen todo. Casualmente, ambos artículos aparecieron en *Escritura*, la última revista que fundó y dirigió en Caracas desde 1976. Con trabajos como esos, Rama libraba una batalla política personal y mantenía vivo el fuego de su campaña americanista. Crecientemente, la literatura pasó a ser un ingrediente de su visión general de nuestra cultura y luego un pretexto para elaborar un discurso crítico sobre la sociedad latinoamericana. En algún trabajo recientísimo, como “La ciudad ordenada” (publicado póstumamente en la *Revista de la Universidad de México*), que es una reflexión sobre el modelo urbano de la sociedad colonial como generadora de cultura, ya el tema estrictamente literario ha desaparecido. El afán por atender en cada caso a todas las facetas de una compleja problemática lo hacía escribir textos cada vez más extensos,

más cargados de información, más teorizantes. Eso, a veces, ejercía una demanda excesiva sobre su estilo que podía parecer en algún momento demasiado trabajoso, sobreexigido por el denso impulso intelectual que lo motivaba. Pero uno siempre aprendía del saber de Rama, compartiese o no todos sus puntos de vista y sus fundamentaciones filosóficas.

Pasó gran parte de su exilio en Venezuela, donde fue bien acogido y donde ganó una nueva nacionalidad después de haber perdido la suya por mezquindad del gobierno uruguayo. Desde esa nueva base de su acción cultural, Rama concibió el proyecto que mejor lo define y que tal vez sea su obra más grande, en el sentido de que no será interrumpida por su muerte: la Biblioteca Ayacucho. Siguiendo los pasos de lo que hicieron José Toribio Medina para la literatura colonial, Ventura García Calderón con su *Biblioteca de Cultura Peruana* (París, 1938) y Henríquez Ureña para las letras caribeñas, Rama concibió la primera Biblioteca Americana moderna, el repertorio básico de lo que los hombres de este continente han escrito (o transcrito, para el caso de las expresiones precolombinas) y lo que los de hoy deben leer. Era un viejo sueño que rondaba en la cabeza de muchos estudiosos e ideólogos de nuestro tiempo, convencidos de que los libros podían enmendar el aislamiento provinciano al que nuestras fronteras políticas nos habían condenado. Esbozado desde Caracas, un lugar donde no es fácil organizar planes de esta magnitud, Rama logró convertirlo en concreta realidad: más de 100 gruesos volúmenes de textos, acompañados de estudios preliminares, notas, bibliografías y tablas cronológicas, es el fruto de su tenaz esfuerzo, que no se detuvo incluso cuando abandonó Venezuela e inició un nuevo exilio, esta vez en Estados Unidos y Francia. Eso mismo prueba que la labor de Rama no era personal, sino colectiva: la de un promotor que pone a muchos especialistas a trabajar, desde sus respectivos campos, en la orquestación de un ideal común. Así, se convirtió en el más importante publicista de América en los últimos tiempos; la deuda que los escritores y lectores de este continente tienen con él, es enorme. Esa visión del trabajo intelectual formaba parte también de su propio quehacer como crítico: en su vocabulario aparecían con frecuencia expresiones como "equipos intelectuales" o "configuraciones de conjunto", que subrayaban la importancia que daba a los factores subyacentes, anónimos y plurales, sobre las obras individuales.

Mis recuerdos finales de Rama datan de dos años inmediatos a su muerte. Lo vi por lo menos tres veces: en Los Angeles, donde vino a dar una conferencia, que era parte de un brillante y extenso trabajo sobre Martí; en París, a mediados de 1983, donde se había instalado, gracias a una beca Guggenheim, para hacer un estudio sobre las élites intelectua-

les en América, que debe haber quedado inconcluso; y por último en Caracas, en la reunión del PEN Club que se realizó en octubre de 1983. Era el mismo Rama de siempre: desbordante, amigable, lleno de proyectos. Eran estos, sin embargo, años de prueba para él. Su esposa, Marta Traba, había estado seriamente enferma; al dejar Venezuela pensaron instalarse en España, pero vinieron a dar a Estados Unidos, donde a él le ofrecieron puestos de profesor visitante primero en Princeton y luego en Maryland. Cuando esta última Universidad lo contrató como profesor permanente y tuvo que iniciar sus trámites para convertirse en un inmigrante de Estados Unidos, se encontró con una desagradable sorpresa: el Servicio de Inmigración lo tenía registrado como "subversivo". Hubo un pequeño gran escándalo en la comunidad académica y se inició una campaña periodística y ante el Senado para reconsiderar tan injusta medida. Rama, con humor, escribió sobre su propio caso y lo presentó como otro ejemplo de la ceguera y la insensibilidad norteamericanas ante la realidad latinoamericana. Sin duda, la histeria anticomunista oficial era responsable (si la administración Reagan no hubiese estado en la Casa Blanca, quizá se le habría ahorrado esta humillación a Rama), pero más culpable es, para mí, el propio gobierno uruguayo que evidentemente aprovechó la ocasión para vengarse de reales o imaginarios agravios que le había hecho un individuo al que ya había exilado y despojado de su nacionalidad. La cobardía de ese gobierno, al proporcionar al servicio consular norteamericano los records en los que Rama aparecía como un indeseable, no puede ser más abyecta.

Sin país, sin hogar definitivo, Rama se convirtió forzosamente en un peregrino —repitiendo el destino de tantos escritores americanos que él admiraba. Esa simetría no debe habersele escapado a él y quizá fuese la fuente de una secreta compensación en medio de sus apuros civiles. Recuerdo que en París, en medio de una bulliciosa reunión social, me dijo: "Yo debo ser el primer exilado del gobierno de Reagan. Pero París es muy agradable, y en el fondo se lo agradezco. De otro modo no estaría aquí". Y en la reunión de Caracas bromeaba diciendo que ahora *deseaba* que Reagan fuese reelegido, porque así tendría un buen pretexto para postergar su eventual vuelta a Estados Unidos. El itinerario de su viaje final —partió de París, haciendo la fatal escala en España, la tierra de sus antecesores, para ir a Colombia, cuya nacionalidad Marta Traba había recibido en otra etapa del exilio de la pareja— parece ser un trágico y simbólico resumen de su destino errante. Huésped de tantas patrias, pero privado de la suya, Angel Rama podría haber dicho, como su querido Martí:

Está vacío
mi pecho, destrozado está y vacío
en donde estaba el corazón. Ya es hora
de empezar a morir...

El, que se había visto obligado a viajar de uno a otro lado, impedido de pisar su tierra, tenía que saber lo que es prepararse a morir. ¿O no es cierto, como nos proponía una voz romántica, que partir es morir un poco?